

Se me viene a la memoria el caso de un torero catalán que una tarde, actuando en Barcelona en una de sus plazas de toros, ofreció a la venerada imagen de San José de la Montaña que iría a su santuario a encenderle un cirio si le daba suerte. Aquella corrida fué un triunfo apoteósico para el joven torero, que escuchó ensordecedoras ovaciones y salió en hombros de los entusiasmados «capitalistas».

El torero, en cuanto pudo tomar asiento en el automóvil, sin ir a su casa, con el cuerpo empapado en sudor, dió la orden de que le llevaran al Santuario, y, bien envuelto en su capotillo de luces, prendió fuego a la mecha de uno de los cirios más grandes que pudo adquirir, lo colocó en la capillita de San José de la Montaña, se postró de rodillas y estuvo un buen rato rezando. Aquel torero no quiso tardar ni un solo momento en cumplir su promesa y de la plaza acudió al pequeño templo para saldar la sagrada deuda.

También recuerdo ahora que en la plaza vieja de Madrid, en la que hace unos pocos años ha sido derruida, un célebre torero sufrió tan tremendo revolcón, que quedó con el traje roto y con los fuertes tirantes destrozados.

Prendido a ellos llevaba un pequeño Crucifijo que le acompañaba desde que comenzara el torero su carrera de becerrista. Aquel Crucifijo, a consecuencia del revolcón, fue desprendido de los tirantes, y al echarlo de menos el torero, todo el tiempo que tardó en terminar la corrida el célebre espada anduvo por el lado de la plaza donde sufrió el percance buscando la reliquia, y al no encontrarla volvió al día siguiente, y removiendo la tierra no la pudo encontrar a pesar de sus grandes esfuerzos por conseguirlo.

Hay torero que en su domicilio ha entronizado el Corazón de Jesús, y hay otros que los días que toreadan confiesan y comulgan con una fe, con una devoción ejemplar y sentida.

Aunque una fiesta tan luminosa y tan jarañera como la de los toros sea de diversión y de jolgorio, va muy unida a la fe por la religiosidad del torero, que siempre, y en momentos de peligro sobre todo, se encomienda a los santos de su devoción y musitan oraciones y más oraciones mientras juguetea con la muerte que acecha aferrada a los buídos cuernos de los toros.

Ha habido toreros tan religiosos, tan devotos de determinadas imágenes, que en caso de desgracia, como ocurrió con el desventurado diestro Joselito el «Gallo», cuando éste murió en Talavera de la Reina, se organizaron en Sevilla unos solemnes funerales en la iglesia donde se venera la imagen de la Virgen de la Esperanza, a la que tantas promesas había cumplido «Gallito», y aquel día, cuando los fieles que acudieron al templo vieron el soberbio y negro túmulo que en el centro de la nave había sido colocado, elevaron después sus ojos hasta la imagen, que había sido cubierta con unos crespones de luto por la muerte del más grande torero que en España ha habido.

CHAVITO

F O T O S O R T I Z

Una vez en la Plaza de Toros, marchan en derecha a la capilla.



La imagen de la Virgen de la Esperanza, enlutada el día de los funerales por Joselito en Sevilla.



Las miradas del torero se dirigen a sus Santos.



Vestidos de torero, rezan antes de marchar a la plaza.



Las imágenes sobre la mesilla de noche, son alumbradas por una lamparilla o mariposa.

Se prenden medallas en el forro del chaleco o en el de la casaca.